



1. Transgresión y ternura

TRAS el último filme del extremeño Almodóvar, *Todo sobre mi madre*, ya no es posible seguir afirmando que en España es imposible realizar cine moderno en el sentido estricto del término. Más todavía, el realizador, impactante y sofisticado donde los haya, acaba de desplegar ante nosotros dos dimensiones entrelazadas que cubren toda la cultura del momento: la moderna «transgresión» y la posmoderna «ternura», como si de una sola realidad existencial se tratase. Hasta tal punto el filme chirría de vulneraciones infinitas y, a su vez, aparece como una suerte de dulce y cercana caricia de humanidades todas. Y aunque todo ello sucedía en el Almodóvar de siempre, ahora surge como bofetada descorazonadora para los bienpensantes de turno, quienes disponen del planeta como si todo fuese blanco o negro, además de despreciar lo negro en cuanto tal.

¿Cómo es transgresor Almodóvar? Pues reafirmando como eventos evidentes y normalizados los que en general suscitan marginalidad social y hasta conceptual: prostitución, travestismo, abdicación religiosa, mitomanía cinematográfica, clasismo descompensador, alcanzando una superficie sumamente resbaladiza en la reunión de todos los eventos citados en el momento en que la religiosa protagonista da a luz como fruto de una relación con un representante del travestismo latino. La grandeza de este hombre excéntrico (la palabra es absolutamente precisa) radica en que toda marginalidad social se convierte en situación de ternura encarnizada, hasta alcanzarse cotas llamativas en esa intervención teatral de «La Agrado», única vez en su vida en que le es posible comunicarse como realmente es. Y ofreciéndonos un personaje tan débil en su tersura como el de Azarías, aquel hombrecillo entrañable de *Los santos inocentes*. En el colmo de toda situación transgresora, afirman las imágenes de Almodóvar, resplandece la bofetada inesperada de una ternura insistente y deslumbradora.

Un paso más. ¿Hay mayor ternura ambiental en el filme que en el mismo conjunto de mujeres protagonistas, todas ellas malditas, destornilla-

das de sus lugares naturales, y, por ello mismo, transgresoras civiles de tomo y lomo? La película es radicalmente feminista desde ahí, desde la pretendida sumisión del varón, desaparecido casi por completo en escena. Cuando Almodóvar fractura de verdad la realidad es en el mismo guión, al conformar esa realidad como femenina en una sociedad donde todavía el machismo impera y donde tantas mujeres ascienden por motivaciones muy poco femeninas. Hay que verlo para creerlo.

Será bueno contemplar este tierno lado oscuro de la luna/tierra, donde todos vivimos y morimos de amor.

P. de P

2. El jardín de Mandela

EL primero de junio reciente, dejaba su cargo como primer presidente democrático de Suráfrica, que ostentaba desde abril de 1994. El mito de Nelson Mandela, a sus ochenta años, se alargaba así hasta los confines de la tierra que habitamos para confundirse con alguna divinidad interestelar: ningún otro líder político del momento tiene una biografía tan densa y tan elemental como este hombretón alto y un tanto delgado, que, tras pasar 27 años en oscuras cárceles, retornó a la vida pública con serenidad y holgura, como si nada hubiera sucedido. Sonriente y saludando a cualquier niño que encontrara en su camino cotidiano. Seguramente permanecerá como garante del futuro inmediato, mientras acaricia a Graça Machel, la mujer que le acompaña en esta recta última.

¿Cómo pudo este hombre superar tantos años de cárcel, sometido a tortura sin cuento, pero sobre todo a un aislamiento que pudo acabar con su lúcido estado mental y, además, con toda otra ilusión? Porque sabemos que el mismo Mandela ha confesado que otros amigos suyos, cuando se incorporaron de nuevo a la vida civil, fueron incapaces de integrarse entre la gente, sumergidos en la cárcel interior que les habían creado los propios carceleros. La respuesta nos la ofrece el mismo Mandela: *«El jardín era una de las pocas cosas que podías controlar en la cárcel. Plantar una semilla, verla crecer, ofrecía una sencilla y a la vez continua satisfacción: la sensación de ser el dueño de un pequeño trozo de tierra que ofrecía sabor a libertad»*. Así de sencillo y de complejo.

Cuando contemplo a quienes dirigen el mundo dominante, por humanos que resulten, contemplo también cierta incapacidad para deshacerse entre su gente y dejar de gobernar desde la cúpula de la omnipotencia. El miedo que les atenaza a la pérdida del poder solamente es comparable a la presión ejercida desde ese mismo poder. En realidad, carecen de libertad y por eso mismo no producen libertad en los demás. Ejercen, no lideran. El amigo Mandela tuvo su pequeño jardín donde cultivó semillas de breve libertad, pequeñas pero significativas, y comprendió que los hombres y mujeres, más grandes que las semillas, merecían, por lo menos, idéntica libertad, atención, cuidado. Así, un pequeño trozo de tierra adquirió infinita capacidad pedagógica para el hombre ahora victorioso. Un misterio.

Es el momento de aplaudirle. Y de cultivar nuestro jardín.

P. de P.

3. Entrevistas póstumas

DE vez en cuando la televisión hace una pausa en medio de su frivolidad y nos ofrece un fragmento de humanidad profunda. Me refiero al espacio *Epílogo* que presenta Canal Plus en su emisión abierta con entrevistas realizadas a personajes públicos de la vida española. El programa no tendría nada de especial si no se tratara de diálogos grabados sólo para ser emitidos tras la muerte del entrevistado. Una apuesta periodística de alto riesgo, no cabe duda, pero —al menos en las dos que llevo vistas hasta el presente— la prudencia, la documentación cuidada y la delicadeza formal han presidido los cincuenta minutos de la emisión.

Podríamos citar aquí ejemplos concretos de actitudes «casi últimas» ante la vida que nos han sorprendido, calificaciones y juicios postreros que concluyen toda una existencia pronunciados con absoluta naturalidad, carentes de morbosidad, rotundos y naturalmente conclusos. Revelaciones inesperadas más bien pocas, ciertamente. Será que las confesiones de la gente realmente importante tocan la médula compartida de los humanos sin sobresaltos. Lo hacen simplemente de otra manera. Son, han sido, hombres y mujeres de verdad, no famosos, que es toda otra cuestión.

Pero, si hay algo que me ha llamado sobremanera la atención en este

espacio televisivo singular y difícil, ha sido la mezcla de serena libertad y de madura gallardía moral de los entrevistados a la hora de contestar ciertas preguntas comprometidas en la que será su última intervención pública. Nos parecería ésta, a los mediocres, una ocasión propicia para el despecho final o incluso para el ajuste de cuentas. Ni siquiera «estando ya allí arriba», como puntualizaba con ironía Torcuato Luca de Tena, se pueden dejar dichas ciertas cosas que no generan precisamente bondad. Y es que hay personas, las auténticas, que no pierden la compostura ni *in articulo mortis*.

L. U.